



Bienaventurados los impíos

Hugo Alvarado Gutiérrez

“...El ser humano juzga más por los ojos que por la inteligencia,

pues todos pueden ver, pero pocos comprenden lo que ven.

Nicolás Maquiavelo

“Consiguientemente fue azotado y encarcelado, le cerraron la boca con un candado, pasando el arco de la cerradura por agujeros practicados en sus labios con un fierro ardiente”.

Ramón, misionero catalán, sufrió esta horrible mutilación por predicar su fe cristiana entre los *infielos* musulmanes de Argelia. Por fortuna, fue rescatado y varios siglos después canonizado como *San Ramón Nonato*, epíteto conferido por nacer vía cesárea *post mortem*.

Historia que desnuda la intimidad humana y nos recuerda actos deleznales que mutan a sublimes y viceversa, dependiendo de las convicciones y motivaciones de los actores.

Proviene de una fe interesada en la promesa de un *cielo* -la felicidad perpetua- que mueve a algunos a desdeñar la muerte hasta entregarse al martirio y a otros a aniquilar a quienes osen desviarlos de la senda para alcanzarlo.

Es la fe esencial que hizo *píos* a los *torturadores* musulmanes por castigar al *hereje* cristiano, que les ensuciaba el camino a la “Yanna”, el edén de *Mahoma*, y que al lacerado misionero declaró *santo* por intentar que sus opresores siguieran el camino al “Paraíso” prometido por Jesús.



Relativismo de visiones antilógicas que exige tolerancia para coexistir y humildad para exclamar: *¡Bienaventurados los impíos y los pecadores... porque sin ellos no tendríamos santos ni santas!*

Santos convertidos en fétiches para salir de embrollos y salvar el pellejo, invocados para encontrar llaves perdidas, pareja ideal, trabajo o para recuperar la salud; en fin, para ganarse la lotería... y hasta para causas imposibles, ¿y si no, para qué tenemos a *San Judas Tadeo*?

La incertidumbre y el miedo promueven su devoción y para muchos son el asidero ante la desesperanza y el desengaño. Si el favor *-el milagro-* se concede, se certifica su beatitud; de otra manera se les pierde “la fe”, porque aceptarla o mudarla suele ser un acto de sobrevivencia y no de convicción; de imposición y no de aceptación.

Pedro Claver bautizaba de diez en diez a los esclavos *yorubas*, recién llegados al puerto fortaleza de Cartagena en Colombia, engañado quizás por los intérpretes quienes le aseguraban que los *lucumis* aceptaban el catolicismo luego de traducirles sus prédicas y de recibir unas *cariativas dádivas* de alimentos.

Entusiasmado, les daba el mismo nombre por decenas, para acelerar la exitosa conversión; aunque *Akinlabi*, *Mamadou* y *Jabulani* se seguirían llamando así entre ellos, sus amos esclavistas los conocerían con el mote de *Diego Séptimo*, *Diego Tercero* o *Diego Nono* según las “fe de bautismo” que *San Pedro Claver* firmaba.

Hurgando entre estos episodios misioneros, me enteré de que el primer mártir canonizado de China murió por *ahogamiento* en una cruz en ¡*Wuhan*! Se llamaba *Juan Gabriel Perboyre*, vicentino francés, quien para realizar su apostolado estudió chino con sorprendentes progresos, se

rapó la cabeza, se dejó crecer la coleta y los bigotes, y se vistió a la usanza de los naturales del país.



Hasta que uno de sus catecúmenos lo traicionó y lo entregó al gobernador de la provincia de *Hubei*, quien no dudó en castigarle por *hereje*, por contrariar sus creencias taoístas en la dualidad *-el Yin y el Yang-* que rige el orden del universo.

Con *continuos golpes en su espalda* y *obligarle a arrodillarse sobre cristales rotos* y *con hierros candentes grabarle en su rostro caracteres chinos*, sus opresores fracasaron al querer que pisoteara un crucifijo, por lo que lo ataron a una cruz de madera y lo estrangularon hasta la muerte en *Wuhan*, en 1840.

San Juan Gabriel definitivamente conoció las agonías del sufrimiento físico, por lo que no sería raro que lo declaren mediador para no enfermar del *Covid*, hasta que nos vacunen a todos.

Similar degradación padeció *Jeanne*, joven francesa quien comandó el ejército de su país y, a pesar de derrotar a los invasores ingleses al final de la *Guerra de los 100 años*, fue ingratamente quemada en la hoguera a los 19 años como hereje, por admitir que en su gesta “había sido dirigida por unas voces de los Santos”.

Posteriormente, la Iglesia recompuso esa infamia y la declaró inocente; Napoleón Bonaparte la enalteció como símbolo nacional de Francia y seis siglos después fue canonizada y subida a los altares como *Santa Juana de Arco*.

Suerte póstuma diferente a la de miles de desdichados sospechosos de ser judíos, homosexuales, alquimistas con conocimientos de anatomía y de botánica o de la sexualidad humana, en su mayoría mujeres, culpadas de brujería y condenadas a ser quemadas vivas por blasfemar, en el siglo XV.



Actos conducidos por el inquisidor *Torquemada*, quien por salvaguardar la “fe” católica y dar una lección ejemplarizante al resto de la población, les atormentaba con indecible crueldad para que se arrepintieran de sus *desviaciones*.

Los suplicios iban desde *la garrucha*, consistente en alzar a la víctima con los brazos atados por detrás de la espalda, o *el potro*, amarrando al reo a un bastidor que el verdugo apretaba para producirle dolorosos esguinces musculares, hasta *el tormento del agua*, introduciendo un paño por la boca y la garganta del acusado, para verterle jarras de agua y casi ahogarlo en medio de dolorosas convulsiones.

Ese *Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición* de hace 500 años ha cambiado de nombre y de castigos para conminar a los herejes a abjurar de su traición a la “verdadera” fe. Actualmente se le conoce como *la Congregación para la Doctrina de la Fe* y su mayor condena es la excomunión.

Juan Domingo Perón fue excomulgado, un 16 de junio de 1955, por *Pío XII* y *Fidel Castro*, el 3 de enero de 1962, por *Juan XXIII*. ¿Los motivos? “Castro se declaró marxista-leninista y anunció que conduciría a Cuba al comunismo en su discurso de 2 de diciembre de 1961”.

En el caso de Perón, dicen sus partidarios que se confesó “en 1963 y se arrepintió de haber echado a unos obispos de Argentina (razón de su excomunión)... Recibió la absolución de parte del entonces arzobispo de Madrid... Con ello, y un certificado de Roma, se libró de la excomulgación recibida.”

Que sepamos, Castro nunca se desdijo, por lo que jamás tendremos un *San Fidel de La Habana*, y antes que un *San Domingo Perón*, quizás un *San Diego Maradona*, por los milagros que le atribuirán los futboleros vecinos de *Lanús* o del *Barrio La Boca* en Buenos Aires, cuando por su mediación Argentina logre otro campeonato mundial.

Pero qué pasó para que el Rey, *Carlos VII*, le cediera el mando de sus tropas a la chiquilla *Jeanne*, a quien llamaban la *Doncella de Orleans*. Era de origen campesino y sin ningún entrenamiento militar. No peleó, solo cabalgó animando a los soldados con un gran estandarte en la mano.



El móvil de tal desatino lo encontré en los relatos de una fina edición en tres tomos de hace casi 60 años sobre las *Vidas de Santos, para cada día del año*, regalo inesperado, recibido días antes de Navidad, de parte de mi vecino y escritor *Eduardo Da'Bosco*,

La sorpresa fue mayor viniendo de un anticlerical y agnóstico. Además, tenía tiempo de no verlo, no sólo por el confinamiento sino porque es noctámbulo. Topárselo una mañana o una tarde caminando por el barrio es tan improbable como verlo en el coro de la iglesia parroquial.

Las noches las alumbra con su hoguera de cigarrillos y las alegra con el rítmico tecleo de su vieja *Remington*, cuando sentado al frente de su desordenado escritorio imagina historias “de cómo no siempre se sueña dormido”, y empieza a hablar solo, aunque algunos sabemos que es con la musa *Caliope*, pidiéndole opinión sobre algún párrafo extraído de su cosmogonía existencial.

Como el que aparece en la página 219 de su novela *Historia de las historias de Pedro el silvestre* que dice así: “una pócima creada por cuatro brujas llamadas atrinoxas. La primera era «una tela prodigiosa que curaba a los impotentes, reactivaba los deseos de los ancianos, ponía calor en las vulvas de las mujeres, estiraba los órganos sexuales masculinos, ayudaba a producir abundante semen en cada sesión amorosa, levantaba los senos flácidos, eliminaba las estrías de la piel...”

Esa musa lo ha llevado a producir cuentos, relatos y novelas de fantasía épica, con grandes dosis de humor y sátira irreverente. Por lo que intuí que algo tramaba con aquel regalo de *ejemplarizantes* historias, en orden cronológico, sin dejar ni el sexagésimo día del año -el 29 de febrero- al garete.

Por lo que empecé a hojear con curiosidad sus hagiografías, y al poco rato pasé a leerlas con fruición intimista, porque me di

cuenta de que escondían flaquezas, odios, pasión y humanismo, en un lenguaje cargado de eufemismos para obtener el *Nihil Obstat* del *Censor Deputatus* que garantizara su venta entre sus *piadosos* lectores.

Humanismo como el de los *Mártires de Alejandría*, hombres y mujeres que actuaron acicateados por la compasión, cuando el miedo colectivo paralizaba a la sociedad alejandrina ante el dolor y la muerte y a quienes el Santoral les asigna el 29 de febrero en su memoria.

Dice el relato que del 249 al 263 de la era común, por 13 años el Imperio Romano “se agitó bajo el peso de una terrible plaga”, a tal punto que “la sola ciudad de Roma perdió más de cinco mil ciudadanos en un solo día”. ¿Les suena? Pero las condiciones eran aún peores en Alejandría “donde pronto no se vio una sola casa de la ciudad que no tuviera un muerto”.

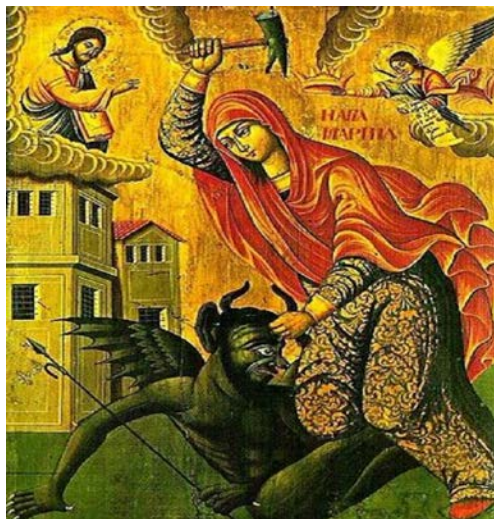
Los cristianos se dedicaron a *bañar a los infectos malolientes*, y darles una *sepultura decente* a los cadáveres; como era de esperar, la gran mayoría de estos héroes -no existía la Universidad John Hopkins para contabilizarlos- murió contagiada y en el anonimato.

Su intercesión fue real, generosa; su premio fue estrechar aquellas manos agradecidas de los desahuciados agonizantes. No hubo milagros ni portentos, ni deseos de animar la conversión, fue un acto de humanismo sobrecogedor, exento de interés, lleno de amor.

Flaquezas y pecados también pululan entre sus líneas, como la vida de *Santa*

María de Egipto de quien se decía que “siendo aún joven, huyó de su hogar y pasó diecisiete años como prostituta en la glamorosa ciudad de Alejandría -parece que en esta ciudad pasaba de todo- durante el siglo IV. Pero no cobraba por sus servicios, porque disfrutaba del reto de seducir a hombres jóvenes. Le fascinaban las “aventuras sexuales” y se dejaba llevar por sus pasiones”.

O la de *Santa Pelagia*, actriz famosa del siglo V, de quien *Thomas Craughwell*, en su libro *Santos que se portan mal (Saints Behaving Badly)*, describe la naturaleza de sus pecados así: “Los hombres que tomaba como amantes quedaban embriagados de ella... hubo padres que abandonaron a sus hijos, hombres adinerados que despilfarraron sus bienes. Incluso llegó a seducir al hermano de la emperatriz. En su intento de describir el poder de Pelagia sobre los hombres, se barajaba la posibilidad de que los drogaba y se llegó a especular que tal vez usara la brujería”.



Iba a mencionar al *buen* ladrón, *San Dimas*, que se arrepintió de sus fechorías, al igual que las beatas anteriores, justo antes de morir en el Calvario, cuando *Joe Biden* mencionó al *niño malo* de los Santos, el famoso *San Agustín*, en su discurso inaugural recordándonos que *nunca es tarde para cambiar*.

Eran tantos los pecados de Agustín y “sus indiscreciones tan abundantes que, pasados unos años, tras percatarse de los errores en su estilo de vida, consiguió llenar ¡un libro entero!, *Las Confesiones*, con los sórdidos detalles de su comportamiento”, ya que cuenta que fue ladrón, desenfrenado sexual, mal padre, hijo disoluto, apóstata... sólo le faltó ser narcotraficante.

Como *Jesús Malverde*, “un bandido generoso, que robaba a los ricos para ayudar a los pobres, y que ahora se le vincula con aquellos que trafican el mal-verde (la marihuana)” y la gente lo venera con corridos y música de bandas en *Culiacán, Sinaloa*; con parecida devoción compatriotas le encienden velitas a la fotografía del doctor *Moreno Cañas*, rogándole interceder por la sanación de algún pariente enfermo.

Historias que confirman que los caminos a la santidad son diversos, extraños, azarosos y que sus altares no solo se levantan en los templos católicos, cuando la aclamación popular se ha impuesto al escrutinio de la *Congregación para las Causas de los Santos* de la Curia Romana.

Su pasión, ese “sentimiento vehemente, capaz de dominar su voluntad y perturbarles la razón”, los llevó al martirio, a misionar en tierras lejanas, a pelear guerras

santas o a confinarse en monasterios o cuevas para alcanzar el misticismo.

Irracionalidad similar a la de sus seguidores, cuando la esperanza en un milagro es la última opción para superar el sufrimiento o alejar el peligro. Deseo tan instintivo como proteger a los que amamos, o tan inconsciente como respirar para sobrevivir y que trasciende sus portentos mitificados por las tradiciones populares.

Tradiciones que nos ligamos con ellos por sendas insospechadas, empezando por la *onomástica*, cuando nos endilgan sus nombres por haber nacido el día que el Santoral señala para su festividad, y como hay unos diez mil santos declarados, el primero de noviembre se le dedica a todos, para que ninguno se quede por fuera.

Costumbre que ha decrecido para fortuna de los neonatos, si no conociéramos más *Juanes* con sus más de sesenta variaciones en igual cantidad de idiomas, o nietas con los infaltables nombres de *María* o *Sofía*.

Nombres también asignados a ciudades y capitales -Santiago, San José, Sao Paulo-, o a la historia de países como San Patricio con Irlanda o San Frumencio con Etiopía, único país africano que nunca fue colonizado por potencia extranjera y que este monje convirtió al cristianismo monofisita, revitalizado dieciséis siglos después con el movimiento rastafari en la cercana Jamaica.

Metido en estas divagaciones, tomando notas para contextualizar las historias de estos personajes y con mi febril imaginación al tope pensando en levitaciones y bilocaciones, me llamó mi mamá para invitarme al Rezo del Niño.

Mujer previsoramente aplicaría todos los protocolos preventivos. Nos sentaríamos a metro ochenta del portal, no permitiría intercambiar tostes y el café se serviría ya endulzado, para evitar el toqueteo de cucharas; las burbujas familiares de los hijos las organizaría por sectores en la sala, extendida al corredor y al zaguán de su casa.

Así que adormecido por el rítmico responso del “ruega por nosotros” a la larguísima lista de santos de las letanías al final del tradicional rosario, decidí suspender estas elucubraciones, sin dejar por fuera la posibilidad de retomarlas, antes de ser santo o difunto, porque no hay santo vivo.

Moravia, 27 de enero de 2021

